

# El espíritu de la época

Irving Howe

Traducción de Aurelio Asiain

*Las del siguiente ensayo, a la vez examen de conciencia y declaración de fe, son las últimas páginas publicadas por Irving Howe. Aparecieron en el número correspondiente a la primavera de 1993 de Dissent, la revista dirigida por Howe, y pueden leerse como una suerte de testamento intelectual. En la sección "La Vuelta de los días" de este mismo número de Vuelta se encontrarán además los testimonios de Enrique Krauze y Leon Wieseltier sobre la obra y la persona de Howe; con ellos y con la nota de Octavio Paz que publicamos el mes pasado, rendimos un mínimo homenaje al amigo y el compañero de aventuras y luchas intelectuales que fue —apenas hace falta recordarlo— uno de los grandes críticos literarios norteamericanos de nuestro siglo, un lúcido y valeroso ensayista político, una conciencia moral insobornable y, en fin, el director de una revista que siempre consideramos hermana de la nuestra. Su figura y su obra seguirán siendo ejemplares.*

Vivimos en una época que cada vez espera menos cosas. No es precisamente una época dominada por el conservadurismo, aunque la política dominante en algunos países sea un conservadurismo sin entusiasmo. Tampoco es una época dominada por el liberalismo, aunque en los Estados Unidos el gobierno de Clinton haya hecho surgir entre los liberales algunas esperanzas, que de ningún modo es seguro que se cumplan. Y ciertamente no es una época dominada por el izquierdismo, aun si hay partidos socialdemócratas moderados en el poder en algunos países europeos.

Es tentador comparar esta postguerra fría con las décadas postrevolucionarias de la Inglaterra de principios del siglo XIX. Pero es una comparación poco útil, pues lo que experimentamos es algo que podría más bien llamarse momento postcontrarrevolucionario. Las visiones idealistas, las esperanzas utópicas, los deseos de renovación social están todos pasados de moda: son vistos, desde luego, como ilusiones peligrosas que no guardan memoria de los desastres totalitarios. Apalear izquierdistas se ha puesto de moda, lo mismo en los editoriales de los periódicos que en libros bien informados. El lema actual es la sobriedad, que a veces parece encubrir la depresión.

Así ocurre en el mundo intelectual, si exceptuamos a unos cuantos inconformes como Günter Grass. Y lo mismo puede decirse de lo que resta de la izquierda europea —trátese de los socialdemócratas, serios y decentes, y a los que no les queda sino un poco de ardor, o de los comunistas irredentos, enmascarados como socialistas en la Europa del Este.

Hay desde luego muchas razones para que esta caída del ánimo haya ocurrido, apenas pocos años después del entusiasmo que despertaron la "revolución de terciopelo" en Checoslovaquia y las reformas de Gorbachov en la Unión

Soviética. Quiero sin embargo centrarme ahora en una de esas razones: las secuelas o, quizá más precisamente, el regusto de la caída del comunismo.

Hace unos años, en el curso de una conversación, Theodore Draper me hizo notar algo que se me quedó grabado en la mente: la experiencia central del siglo veinte era el comunismo, nos gustara o no. Desde luego, había habido el fascismo y el fin del colonialismo, pero el primero podía verse como una reacción aterrada al surgimiento del radicalismo y el segundo como una serie de acontecimientos "casi inevitable". En los años en que tuvo poder e influencia, el comunismo se apoderó de la imaginación de millones de personas en todo el mundo. Los partidos comunistas eran poderosos en la mayoría de los principales países europeos. Poco después, se apropiaron del legado del anticolonialismo en países de Asia y África. Aun en los Estados Unidos, donde el partido comunista no fue nunca una de las fuerzas políticas principales, se ha calculado que casi un millón de personas pasaron por las filas stalinistas (no por el partido) entre, digamos, 1920 y 1950.

Declarándose heredero del humanismo y portador de la buena nueva, el comunismo inspiró a miles —mejor dicho: cientos de miles— de obreros, estudiantes, intelectuales, a actos de devoción y hasta de heroísmo. Pocas veces se ha sacrificado tanta gente buena por una causa tan mala. Hubo por supuesto trepadores, malhechores y bandoleros en el movimiento comunista, pero mucha gente común y corriente vio arder en ese "movimiento" las llamas de la esperanza. A quienes fuimos mucho tiempo antistalinistas, encerrados en nuestros grupúsculos y sectas, nos resultaba difícil reconocer el idealismo —deformado, distorsionado y corrompido, pero idealismo de todos modos— que había en el movimiento comunista. Por supuesto, en los países de la Europa del Este las dictaduras comunistas atrajeron a una gran cantidad de trepadores (la clase de gente que podrían haber sido funcionarios republicanos en los Estados Unidos). Pero también ahí el comunismo contó con el apoyo de seguidores decentes mal encaminados. Cuando un puñado de gente de los partidos comunistas era ganado por los grupos antistalinistas, se trataba casi siempre de gente exhausta intelectual y emocionalmente, cuyo fanatismo se había consumido y cuyas energías intelectuales habían disminuido.

El movimiento comunista destruyó a generaciones enteras. El mero gasto de recursos humanos, de energías que podrían haber sido valiosas para renovar la sociedad, es incalculable. Muchos militantes y dirigentes se han sumido en el silencio. Una gran parte de los antiguos líderes comunistas se han entregado a una peligrosa forma de nacionalismo —como en Yugoslavia, donde los líderes de Serbia y de Croacia eran antes comunistas prominentes.

Los resultados de este gran desastre histórico son asombrosos. Incluso quienes en los Estados Unidos, aislados por nuestras mitologías locales, nunca fuimos tentados por el comunismo, sufrimos ahora las consecuencias. Las nuevas generaciones y las nuevas energías no aparecen de la noche a la mañana. Tiene que haber primero un periodo de cansancio, desilusión, "pragmatismo"... y pocas esperanzas.

Para ver signos de este agotamiento bastaría con tomar cualquiera de las publicaciones intelectuales importantes. Algunas son ácidas (y suelen estar dirigidas por ex radicales), otras son tímidas (y suelen estar dirigidas por cuasiberales). Unas subsisten burlándose de sus esperanzas de juventud. Otras evitan cualquier esperanza o deseo de envergadura. Otras más limitan su atención a las vueltas cotidianas de la política, y dicen a veces cosas útiles, aunque no muchas.

Lo mismo puede decirse, me temo, de grandes segmentos de la socialdemocracia europea. Para decirlo claramente: si viviera en cualquiera de los grandes países europeos, pertenecería al partido socialdemócrata o lo apoyaría. Podría ser crítico, o inclinarme un poco al ala izquierda, cualquiera que fuera. Pero sería parte de él.

Lo cierto es, sin embargo, que la socialdemocracia, salvo en uno o dos países, es hoy un partido decente y honorable que (dejando de lado los discursos, y eso cada vez menos) no aspira realmente a alterar el statu quo. Queda poco del espíritu del socialismo en esos partidos. Dicho lo cual, hay que añadir que la culpa no es sólo suya. Y es que la conformación de esos partidos, la gente que vota por ellos, tiene en común su misma duda espiritual, su escepticismo intelectual y su perplejidad. No es que "las masas" presionen a los socialdemócratas en busca de una perspectiva más radical. Ni es que haya una idea socialista clara que el partido rechace. Porque lo cierto es —como cualquier lector de *Dissent* puede ver en cada número que publicamos, quizá hasta el cansancio— que la idea socialista es tan precaria como las ideas de los conservadores y los liberales, aunque estos últimos tienen la ventaja de estar en buenos términos con el orden social y político existente, mientras que se supone que los socialdemócratas desean algún cambio. La dificultad de formular un programa atractivo es mucho mayor para los socialdemócratas que para sus oponentes. Consagrados a la decencia y la democracia —lo que no es poca cosa— los socialdemócratas no pueden evocar el idealismo y la seguridad en sí mismos del ayer socialista. Los recuerdos del ayer son cada vez más débiles; uno de los últimos que lo encarnaron fue Willy Brandt, y ya se ha ido.

De modo que no tienen sentido las tradicionales denuncias izquierdistas de la socialdemocracia. Por lo que podemos y debemos criticar a los socialdemócratas es, no porque hayan fracasado en alcanzar las "respuestas", sino por haberse desentendido en tan gran medida de las preguntas.

Pues bien: el puñado de gente que hacemos *Dissent* tratamos de mantener la idea de la transformación social, aun cuando hemos desechado muchas de las propuestas tradicionales para lograrla. Algunos de nosotros llamamos a esta idea socialismo, sin esperar una continuidad histórica y a falta de mejor etiqueta. No es, de ningún modo, que seamos más inteligentes que la mayor parte de los socialdemócratas europeos. Nuestra ventaja consiste, en todo caso, en el hecho de que estamos lejos del poder y somos por lo tanto capaces o,

lo que es indudable, estamos obligados a pensar en términos de las posibilidades a largo plazo —la resurrección de la izquierda democrática en lo que puede resultar ser el futuro "no muy cercano". Desde luego que también respondemos a los asuntos inmediatos, por lo que *Dissent* incluye artículos sobre los impuestos, la asistencia médica, la crisis del presupuesto y demás. Pero incluso si los asuntos inmediatos cobran en cierto momento demasiada importancia, por lo menos algunos de nosotros queremos pensar en términos de las opciones a largo plazo. O sea que queremos evitar el provincianismo de lo inmediato.

Por eso, en cada número de *Dissent* se encontrarán uno o dos artículos sobre "el socialismo de mercado" o temas que tienen que ver con éste. Sospecho que algunos de nuestros lectores se saltan tranquilamente esos artículos. *Está bien*, siempre que tengan claro por qué los publicamos. Con bastante frecuencia, se trata de artículos provisionales, un poco abstractos y que tienden a estar en desacuerdo unos con otros. No trazan necesariamente el cuadro de un futuro real (¿quién puede hacerlo?). Pero se esfuerzan en señalar las posibilidades de renovación. Ofrecen la materia de desarrollos que algunos nunca llegaremos a ver. Son, si a ustedes les parece, esbozos de utopía.

La palabra "utopía" ha perdido crédito. Suele usarse, en la discusión intelectual, como una palabra de rechazo. Y, por supuesto, hay versiones de la utopía —las basadas en la fuerza o el terror o el anhelo de una "vanguardia" autodesignada— que son aberrantes.

Pero hay otras utopías. Hay un utopismo democrático que recorre como una corriente luminosa la vida intelectual de los Estados Unidos, llámese emersonismo, llámese republicanismo o como se quiera. Hay una utopía de la comunidad y del igualitarismo.

En un ensayo que escribimos hace unos cuarenta años para *Dissent*, Lewis Coser y yo citábamos un pasaje de Ernst Cassirer que todavía define nuestra condición:

Una Utopía no es un retrato del mundo real, del orden social o político real. Existe en un momento fuera del tiempo y un punto fuera del espacio; es un "ningún lugar". Pero precisamente tal concepción de un ningún lugar ha pasado la prueba y demostrado su fuerza en el desarrollo del mundo moderno. Es propio de la naturaleza y el carácter del pensamiento ético el que no pueda nunca condensarse a lo "dado". El mundo ético nunca está dado; está siempre haciéndose.

En el sentido en que Cassirer se refiere a él, el utopismo es una necesidad de la imaginación moral. No supone una política determinada, ni garantiza la sabiduría sobre los problemas actuales. Lo que ofrece es una perspectiva orientadora, la fe y la esperanza en el futuro, la comprensión de que nada hay más equivocado que la idea común de que lo existente hoy seguirá existiendo mañana. Esta clase de utopismo es en realidad otra forma de apreciar la variedad y las sorpresas que la historia hace posibles: nada más que posibles. Es una prueba de la habilidad que la humanidad despliega de cuando en cuando (junto con otras características mucho menos atractivas). Es una apelación al valor del deseo y a la practicabilidad del anhelo —y se opone a las limitaciones que supone aceptar lo "dado" sólo porque ya lo tenemos. □